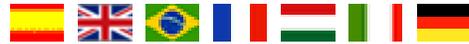


PALABRAS OBSCENAS. CONTRIBUCIÓN A LA PSICOLOGÍA EN EL PERÍODO DE LATENCIA. (1910).



Sándor Ferenczi

Al realizar cualquier análisis se plantea tarde o temprano el problema de saber si es preferible pronunciar ante el enfermo los términos populares (obscenos) para designar los órganos, funciones y materias sexuales, así como los productos fecales, induciéndole a emplear estas palabras, locuciones y tacos tal como le vienen a la mente sin disimulo ni modificación, o bien contentarse con los términos científicos y las alusiones.

Freud nos indica en una de sus primeras obras que hay siempre un método para tratar con el paciente de la actividad sexual, incluso de la que está severamente proscrita (perversiones), sin herir su pudor-. aconseja para esto el empleo de los términos técnicos en medicina.

De este modo se evita al principio del análisis el provocar la resistencia del enfermo y el dificultar, tal vez definitivamente, la prosecución del tratamiento. Al principio hay que contentarse con usar estas «alusiones mínimas» ya mencionadas a los términos científicos serios y artificiales que permiten abordar con el paciente los temas más «delicados» relativos a la sexualidad y a los instintos sin provocar reacciones de pudor. Sin embargo, hay casos en que esto no basta. El tratamiento se bambolea, el enfermo se inhibe. se enrarecen sus ideas y manifiesta una resistencia creciente: tal resistencia no cede hasta que el médico descubre el motivo: palabras y expresiones prohibidas que acuden a la mente del enfermo, quien no se atreve a verbalizarlas sin la «autorización» explícita del analista.

Citemos el ejemplo de una enferma histérica de veintitrés años. En el plano consciente trataba de ser muy sincera, admitía con sencillez mis explicaciones sobre la sexualidad (formuladas en términos científicos), y afirmaba con insistencia no haber oído ni leído jamás nada relativo a la sexualidad. Pretendía explicar la reproducción por la «teoría del beso» (siempre secundaria, por lo demás). Para demostrar su interés, había comprado un grueso libro de embriología y me comunicaba con gran entusiasmo y sin la menor inhibición sus descubrimientos sobre los sexos y su modo de unión. Un día mencionó de paso que tenía la costumbre desde su infancia de cerrar los ojos cuando iba al retrete; no pudo dar ninguna razón que explicara su comportamiento. Traté de ayudarla preguntándole si no trataba de evitar ver las inscripciones obscenas tan frecuentes en estos lugares. Luego dirigí su atención sobre las inscripciones obscenas más frecuentes, provocando un malestar considerable en esta persona hasta entonces tranquila y serena; de este modo accedí a las capas más profundas de sus recuerdos latentes. El rechazo parecía muy ligado a la formulación de los complejos de representaciones sexuales y no podía eludirse más que pronunciando «palabras tabú».

Un joven homosexual que empleaba usualmente las palabras vulgares para designar los órganos sexuales y sus funciones, estuvo dudando durante dos horas antes de pronunciar el término vulgar correspondiente a «flatulencia» que le había venido a la mente; trató de evitarlo mediante todos los circunloquios imaginables, palabras extranjeras, eufemismos, etc. Cuando superó su resistencia esta palabra pude profundizar considerablemente el análisis de su erotismo anal hasta entonces bloqueado.

A menudo el enunciado de una palabra obscena durante una sesión produce en el paciente el mismo trastorno que provocó anteriormente una conversación sorprendida entre sus padres en la que se había deslizado un término grosero, frecuentemente de índole sexual. Tales trastornos capaces de quebrantar el respeto del niño hacia sus padres y que, en el neurótico, pueden quedar fijados en el inconsciente para toda su vida- se producen generalmente durante la pubertad y a menudo son una reedición de las impresiones

causadas por las relaciones sexuales vistas en la infancia.

El respeto debido a padres y superiores paraliza la libertad de confiarse a ellos y se adhiere a uno de los principales complejos del material psíquico rechazado. Si se insiste mucho en ello puede obtenerse del enfermo la expresión literal de sus pensamientos, llegando incluso a pronunciar las palabras en cuestión; de esta forma pueden lograrse aclaraciones inesperadas y reemprender un análisis estancado.

Este comportamiento de los enfermos presenta, además de su importancia práctica indiscutible, un interés más amplio al introducir un problema psicológico.

¿Cómo es posible que sea realmente más difícil designar una misma cosa por un término que por otro? Esta constatación vale también para nosotros mismos, no sólo para nuestros pacientes. Precisamente la inhibición que yo experimentaba al principio para pronunciar tales palabras, y que de vez en cuando aún he de combatir, es la que me ha llevado a estudiar este problema con atención a través de un examen profundo de mis enfermos y de mí mismo.

Esta doble investigación me ha hecho concluir que existe una estrecha asociación entre los términos sexuales y excrementosos vulgares (obscenos) -los únicos que conoce el niño- y el complejo nodal, profundamente rechazado, tanto del neurótico como del hombre sano. (Siguiendo a Freud, llamo complejo nodal al complejo de Edipo.).

La concepción infantil de las relaciones sexuales entre los padres, del proceso de nacimiento y de las funciones animales, es decir, la teoría sexual infantil, comienza expresándose en términos populares, los únicos que el niño sabe; esta formulación será la más atacada por la censura moral y por la barrera del incesto que, más adelante, acude a rechazar tales ideas.

Ello basta para que comprendamos al menos parcialmente nuestra resistencia a pronunciar o escuchar tales palabras.

Sin embargo, como esta explicación no me satisface plenamente, he buscado otras causas al carácter particular de estas representaciones verbales; y he llegado a una concepción que no considero indiscutible pero que deseo exponer aquí, aunque no sea más que para incitar a los demás a hallar otra mejor.

La palabra obscena encierra un poder especial que obliga en cierto modo al oyente a imaginar el objeto nombrado, el órgano o las funciones sexuales, en su realidad material. Freud ha admitido y formulado este dato al estudiar las motivaciones y condicionamientos de la broma obscena. Escribe: «mediante el enunciado de palabras obscenas, ella (la grosería) obliga a la persona aludida a imaginar la parte del cuerpo o la función de que se trata».¹ Sólo quisiera completar esta cita subrayando que las finas alusiones a los procesos sexuales o una terminología científica o extraña para designarlos no causan tanto efecto como las palabras tomadas del vocabulario primitivo popular erótico de la lengua materna.

Podría suponerse que tales palabras son susceptibles de provocar en el oyente el retorno regresivo y alucinatorio de imágenes mnésicas. Esta hipótesis, fundada en la auto-observación, queda confirmada por el testimonio de muchas personas, tanto normales como neuróticas. Las causas de tal fenómeno tendrían que buscarse en el propio auditor, suponiendo que en el fondo de su memoria hay un cierto número de representaciones verbales auditivas o gráficas, de contenido erótico, que se distinguen de las demás por una marcada tendencia a la regresión. Cuando una palabra obscena es percibido visual o auditivamente, es cuando entra en acción esta facultad de los vestigios mnésicos.

Si admitimos las tesis de Freud (las únicas capaces de explicar los resultados del psicoanálisis y nuestra concepción del inconsciente), es decir, que en el curso del desarrollo ontogenético el aparato psíquico pasa de ser el centro de las reacciones alucinatorio-motrices a ser el órgano del pensamiento, debemos concluir que las palabras obscenas poseen características que en un estudio anterior del desarrollo psíquico se extendían a todas las palabras.

1.- Freud: Der Witz und seine Beziehung zum Unbewusstsein. (El chiste y su relación con el inconsciente). Ges. Schr., IX, p. 106.

Según Freud,² consideramos que toda representación está motivada fundamentalmente por el deseo de acabar con el sufrimiento provocado por la frustración, haciendo revivir una satisfacción experimentada con anterioridad. En el estadio primitivo del desarrollo psíquico, si la necesidad se satisface, la aparición del deseo supondrá la inversión regresiva de la sensación correspondiente a una satisfacción vivida anteriormente que quedará fijada por vía alucinatoria. La representación será entonces considerada igual que la realidad. Esto es lo que llama Freud la «identidad perceptiva». Instruido por la amarga experiencia de la vida, el niño aprende a distinguir la satisfacción real de la representación debida al deseo y a no utilizar su motricidad sino a sabiendas, cuando esté seguro que tiene ante sí objetos reales y no ilusiones producidas por su imaginación.

El pensamiento abstracto, verbalizado, representa el punto culminante de este desarrollo. Las imágenes mnésicas representadas exclusivamente por fragmentos desprovistos de sus características, los signos verbales -prosigue Freud-, posibilitan las pruebas más sutiles.

Podría añadirse que la aptitud para expresar deseos signos verbales constituidos fragmentariamente no se ad golpe. Además del tiempo necesario para el aprendizaje palabra, parece que los signos verbales que reemplazan presentaciones, es decir, las palabras, conservan durante mucho tiempo su tendencia a la regresión. Esta tendencia se atenúa progresivamente o de golpe, hasta alcanzar la capacidad de representación y de pensamientos «abstractos», prácticamente liberados de elementos alucinatorios.

Tal desarrollo puede comportar etapas psicológicas caracterizadas por la coexistencia de una aptitud ya formada con un modo más económico de pensamientos mediante signos verbales, y la persistencia de una tendencia a revivir regresivamente las representaciones.

La hipótesis sobre la existencia de tales etapas se apoya en el comportamiento de los niños a lo largo de su desarrollo intelectual. Una vez más ha sido Freud quien, al estudiar la psicogénesis del agrado producido por el chiste, ha encontrado la significación del juego infantil con las palabras. «Los niños, dice, tratan las palabras como si fueran objetos.»

Si suponemos que la distinción rigurosa de los objetos representados y de los objetos reales puede ser imperfecta, que existe una tendencia del psiquismo a retomar al modo de funcionamiento primario regresivo, hallaremos aquí cierta base para comprender mejor las características particulares de las palabras obscenas; también hallaremos una justificación a la hipótesis de que en determinado estadio del desarrollo este carácter tangible (sensorial), unido a la fuerte tendencia regresiva, es propio de todas las palabras.

La explicación que da Freud de las representaciones oníricas basa en esta hipótesis. Durante el sueño, recuperamos los métodos de trabajo primitivos del psiquismo, haciendo revivir, como ocurrió antes, por vía regresiva, el sistema perceptivo de la conciencia; el sueño no es un pensamiento verbalizado, es una alucinación.

Admitamos que esta evolución hacia la abstracción a partir de signos verbales todavía muy mezclados con elementos concretos sea perturbada o interrumpida por determinados términos, y que de ello pueda resultar una persistencia de la representación verbal a un nivel inferior: podemos hallar aquí la explicación del carácter tan extraordinariamente regresivo de las palabras obscenas escuchadas.

Pero no sólo la audición sino también la enunciación de las palabras obscenas está dotada de cualidades que otras palabras no alcanzan, al menos en idéntica medida.

Freud señala con acierto que el autor de una broma obscena efectúa un ataque, una acción sexual sobre el objeto de su agresión, y suscita por ello las mismas reacciones que la propia acción. Pronunciar palabras obscenas equivale casi a cometer una agresión sexual, «a desnudar a la persona del sexo opuesto».³

Decir una grosería representa en grado superior lo que apenas está esbozado en la mayoría de las palabras, es decir, que todo vocablo tiene su origen en una acción no realizada. Pero mientras que las

2.- Traumdeutung (Ciencia de los sueños). Ges. Schr. 11 y III.

3.- Freud: Der Witz (-El chiste»), p. 111.

palabras corrientes sólo contienen el elemento motor de la representación verbal en forma de impulso nervioso reducido, la «mímica de la representación», la formulación de un dicho grosero, nos proporciona la clara impresión de estar realizando un acto.

Esta aportación tan importante de elementos motores a la representación verbal de las palabras obscenas podría provenir, igual que el carácter alucinatorio y sensorial de una obscenidad escuchada, de una perturbación del desarrollo. Tales representaciones verbales puede que hayan quedado a un nivel de desarrollo lingüístico en el que las palabras están mucho más cargadas de elementos motores.

Hay que preguntar ahora si esta especulación, que es sólo una de las muchas posibilidades, se apoya de alguna manera en la experiencia, y, en tal caso, cuál puede ser la causa de esta anomalía del desarrollo relativa a un mínimo grupo de palabras y tan extendida entre los seres civilizados.

El análisis de los sujetos normales y neuróticos y la observación de los niños, aunque supone una exploración realizada sin miedo sobre la suerte sufrida por los términos que designan los órganos sexuales y excretorios a lo largo de] desarrollo psíquico, confirma también con amplitud nuestra hipótesis. Inicialmente, vemos que se verifica la suposición casi evidente de que la repugnancia a repetir determinadas palabras obscenas es imputable a vivos sentimientos de desagrado, asociados a estas palabras precisamente durante el desarrollo infantil, a consecuencia de la inversión del signo de los afectos.

Tomemos como ejemplo a un joven, casi normal, que manifestaba un rigor moral un tanto excesivo y una intolerancia particular respecto a las palabras obscenas; durante el análisis de un sueño recordó que a los seis años y medio le sorprendió su madre escribiendo en un papel un auténtico diccionario de expresiones obscenas que sabía. La humillación de ser descubierto, precisamente por su madre, así como el severo castigo que siguió, originaron un desinterés por lo erótico durante muchos años, e incluso más tarde una hostilidad hacia el contenido de vocabulario erótico.

El joven homosexual que ofrecía tanta resistencia a pronunciar la palabra obscena equivalente a «flatulencia» había desarrollado en su infancia un atractivo por las sensaciones olfativas y una coprofilia extraordinarias; su padre, que era demasiado indulgente, no le impedía satisfacer estas tendencias incluso sobre su propio cuerpo (el del padre). El lazo desde entonces indisoluble entre la idea de suciedad y la idea de los padres originó un rechazo particularmente intenso del gusto por la basura y los olores y, en consecuencia, una gran resistencia a tratar de estos temas. El hecho de que el término obsceno correspondiente a gases intestinales le fuera más intolerable que cualquier perífrasis, se explica por sucesos de la infancia semejantes a los del «redactor del diccionario» antes citado. La íntima unión de lo obsceno con el complejo paterno era en ambos casos la principal fuerza represiva.⁴

En la enferma histérica que cerraba los ojos en el retrete, se remontaba este hábito a una confesión en la que el sacerdote le había recriminado agriamente por haber pronunciado el término obsceno equivalente a vagina.

Ningún niño, a excepción posiblemente de los más humildes, ha dejado de ser advertido de cosas análogas o similares. Hacia los cuatro o cinco años, e incluso antes en los niños precoces (es decir, en la época en que los niños reducen sus impulsos «perversos polimorfos»), se intercala entre el abandono de los modos infantiles de satisfacción y el comienzo de la fase de latencia propiamente dicha que se caracteriza por el deseo de pronunciar, escribir y oír palabras obscenas.

Este hecho quedaría confirmado ciertamente mediante una encuesta entre las madres y los educadores, y más aún entre los criados, que son los verdaderos confidentes de los niños. Pues los niños actúan de este modo no sólo en Europa, sino también en la hipócrita América, según constaté con el profesor Freud durante un paseo por el «Central Park» de New York, contemplando un dibujo y unas inscripciones con tiza sobre una hermosa escalera de mármol.

Esta necesidad de pronunciar, dibujar, escribir, oír y leer obscenidades puede comprenderse como un

4.- El interés del niño por los ruidos que acompañan la evacuación de los gases íntestinales, influenció su vocación profesional-. se hizo músico. Podría demostrar con todo rigor que no se trata de un chiste, sino de una cuestión muy seria.

estadio preliminar a la inhibición de los deseos infantiles de exhibicionismo y de «voyeurismo». La represión de estas fantasías y acciones sexuales que, se manifiestan de forma atenuada en el lenguaje es la que confirma la entrada en la fase de latencia propiamente dicha, el período en que «son elaboradas las fuerzas psíquicas que se oponen a la sexualidad infantil: desagrado, pudor y moral»,⁵ y en que el interés del niño se orienta hacia realizaciones culturales (deseo de saber).

No nos equivocaremos al suponer que esta represión de los términos obscenos se produce en una época en que el lenguaje, y especialmente el vocabulario sexual tan cargado de afecto, se caracteriza aún por una fuerte tendencia a la regresión y por una mímica de representación muy animada. No parece probable que el material verbal rechazado se mantenga tras el período de latencia, es decir, la desviación de la atención, en esta etapa primitiva del desarrollo, mientras que el resto del vocabulario, gracias a la práctica y al entrenamiento continuo, queda despojado progresivamente de su carácter alucinatorio y motor; será por ello más propio, económicamente hablando, de las actividades mentales de nivel superior.

El psicoanálisis de los neuróticos me ha enseñado que el material psíquico reprimido o rechazado por el bloqueo de las asociaciones se convierte efectivamente, en la vida mental, en un «cuerpo extraño» que es incapaz de crecimiento orgánico y de desarrollo; también sé que el contenido de estos complejos no participa en el desarrollo y en la estructuración del resto del individuo. Aduciré algunos ejemplos sorprendentes.

La inquietud respecto a la pequeñez, es decir, a la inadaptación, de los órganos sexuales (o, como dicen los psicoanalistas, el «complejo de pene pequeño») es corriente entre los neuróticos, pero tampoco es raro entre los sanos. Siempre que he analizado este síntoma he hallado la siguiente explicación: quienes más adelante sufren esta inquietud, han estado muy preocupados en su infancia por la fantasía del coito con la madre, o con la persona correspondiente mayor que ellos; evidentemente, la idea de la insuficiencia de su pene para alcanzar este objetivo les angustiaba.⁶ El período de latencia ha interrumpido y reprimido este pensamiento; pero cuando el impulso sexual se fortalece en la pubertad y el interés por el órgano sexual despierta de nuevo, reaparece la antigua angustia, incluso cuando las proporciones reales del órgano son normales o superiores a la media. Así, pues, mientras que el pene se desarrollaba normalmente, la idea del pene permanecía a nivel infantil. Habiendo desviado su atención de la zona genital, el individuo no ha observado el cambio ocurrido.

También he hallado en algunas pacientes un «complejo de vagina pequeña» (miedo de la rotura del órgano en la relación sexual) y lo explico por la idea, adquirida en la infancia y reprimida durante el período de latencia, del gran tamaño relativo del órgano paterno. Más adelante, estas mujeres consideran el pene de su marido muy pequeño -aunque no sea cierto- y permanecen frías en sus relaciones sexuales.

Ofreceré un tercer ejemplo del efecto de inhibición aislado del período de latencia sobre el desarrollo: el «complejo de senos grandes» que puede llegar a ser patológico en algunos casos: la insatisfacción de muchos hombres ante las dimensiones de la mayoría de los pechos femeninos. En un paciente, cuyo apetito sexual lo despertaban los senos extraordinariamente desarrollados, el análisis descubrió que en su infancia había manifestado un gran interés por el amamantamiento de los bebés y acariciaba el secreto deseo de ser invitado a mamar con ellos. Durante el período de latencia desaparecieron de su conciencia, pero cuando volvió a interesarse por el otro sexo, sus deseos quedaron centrados por el complejo de senos grandes. La representación de los senos no se había desarrollado en el intervalo, pero la impresión causada por sus dimensiones en el niño de antaño se había grabado en él de forma indeleble. De este modo sólo deseaba mujeres cuyos senos correspondieran a la antigua relación entre su propia pequeñez y el tamaño de la mujer. Los senos femeninos se habían hecho relativamente más pequeños en el intervalo, pero la representación del pecho femenino que tenía fijada conservaba las dimensiones antiguas.

Estos ejemplos, que sería fácil multiplicar, apoyan la hipótesis de que la fase de latencia provoca de

5.- Freud: «Las teorías sexuales infantiles».

6.- La ignorancia de la extensibilidad de la vagina condiciona estas fantasías ansiosas; los niños saben únicamente que el coito tiene lugar por un orificio que han franqueado in toto el día de su nacimiento.

hecho una inhibición aislada del desarrollo de determinados complejos rechazados, lo que hace bastante verosímil la intervención de un proceso idéntico en el desarrollo de las representaciones verbales que pasan al estado de latencia. Pero además de esta deducción por analogía, recordaré el hecho, ya demostrado por la psicología experimental, de que los niños pequeños presentan un tipo de reacción esencialmente «visual» y «motor». Supongo que la pérdida de este carácter visual y motor no se produce progresivamente, sino por etapas, y que la aparición del período de latencia representa una de estas etapas, tal vez la más importante de ellas.⁷

De momento no podemos decir gran cosa sobre las representaciones verbales obscenas rechazadas durante el período de latencia. Por lo que sé mediante el autoanálisis y el análisis de sujetos no neuróticos, creo poder deducir que normalmente la latencia de estas representaciones, sobre todo en el hombre, no es absoluta. La inversión de signo de los afectos operada vigila, ciertamente, para que la atención se desvíe de estas imágenes verbales desagradables lo más posible, pero el olvido total, el paso al inconsciente, no existe prácticamente en el sujeto normal. La vida diaria, los contactos con los inferiores y los criados, las inscripciones obscenas en los bancos y lugares de esparcimiento, hacen que esta latencia sea «rota» muy a menudo y se reanime el recuerdo de todo lo olvidado, aunque con un signo inverso. De cualquier forma, tales recuerdos reciben poca atención durante algunos años, y cuando reaparecen al llegar la pubertad están marcados por un carácter vergonzoso, y hasta insólito, a causa de su plasticidad y de la vivacidad espontánea que conservan durante toda la vida.

En los perversos y neuróticos, el desarrollo de estas representaciones verbales va por otros caminos. El sujeto que llega a ser perverso por su constitución sexual o sus experiencias, se apropiará de esta fuente de placer, como prevén las teorías sexuales de Freud, y utilizará con cinismo esta expresión, o se contentará con la lectura de obscenidades. Ahora bien, existe una perversión particular que consiste en pronunciar a voz en grito palabras obscenas; el análisis me indica que muchas mujeres son importunadas en la calle por hombres respetables que murmuran a su paso palabras obscenas, sin ninguno de los preliminares habituales de la incitación sexual (ofrecimiento de acompañarlas, etcétera). Estos sujetos son exhibicionistas y mirones en grado menor, que, en lugar de un verdadero desnudamiento, se contentan con la acción reducida de la palabra, eligiendo, naturalmente, los términos más aptos para suscitar, por su carácter prohibido y sus cualidades motrices y plásticas, una reacción de pudor. Esta forma de perversión podría denominarse «coprofemia».⁸

El verdadero neurótico desvía su atención de los términos obscenos completamente o casi por completo. Trata de ignorarlos en la medida de lo posible y, si no puede evitarlos, responde con una reacción desproporcionado de malestar y disgusto. El caso antes citado, con olvido total de estos términos, es la

7.- Para justificar mis suposiciones sobre la influencia del período de latencia, dispongo de otras dos series de observaciones. Muchos casos me han permitido estudiar la causa de la incapacidad de representación visual, de la que deriva la ineptitud para determinadas materias escolares que exigen un poder de representación espacial (geometría, ciencias naturales). Parece que tal incapacidad, sea relación con las posibilidades del sujeto en otros terrenos, no correspondía a una debilidad congénita parcial sino que aparecía tras el rechazo de fantasías anteriormente muy abundantes, y generalmente de naturaleza incestuosa. Para consolidar el rechazo de algunas imágenes fantasmáticas (Adler), el sujeto evita instintivamente indeseables (miedo de la representación).

Otro síntoma, que se observa con mucha mayor frecuencia en los neuróticos, es el exceso de calma y de ponderación en la ejecución de cualquier acción, de cualquier movimiento, lo mismo que en toda actitud, así como el temor a la irreflexión y a la precipitación. En la mayoría de los casos, estos rasgos se asocian a una antipatía extrema hacia los individuos que «se entregan» fácilmente, que son excesivos, precipitados, vivos, irreflexivos y ligeros. Podría hablarse aquí de fobia al movimiento. Este síntoma es una formación reactiva que responde a una tendencia motriz de agresión demasiado violenta, y en consecuencia reprimida.

El temor, tanto a las representaciones como al movimiento, me parece una exageración del rechazo de la vida fantasmática y una exageración de la inhibición motora, que se instalan en cualquier persona durante la fase de latencia y contribuyen a depurar de sus elementos motores y alucinatorios incluso a las representaciones que han accedido a la conciencia. Pero las representaciones incompatibles con la conciencia y por ello rechazadas o reprimidas -en primer lugar las representaciones verbales obscenas- conservan, como todo lo rechazado en general, los caracteres de un modo más primitivo de representación.

8.- La coprolalia es por el contrario la expresión involuntario y compulsivo de los términos obscenos, como puede verse, por ejemplo, en los tics convulsivos pronunciados.

excepción. Sólo las mujeres alcanzan tal grado de rechazo.

Sin embargo, en el sujeto normal como en el neurótico una violenta impresión puede hacer resurgir estas palabras medio sepultadas. Entonces, como los dioses y diosas del Olimpo, degradados al rango de diablos y brujas tras el gran ímpetu de rechazo del cristianismo, las palabras que antes nombraban los objetos más queridos del placer infantil vuelven en forma de juramentos y maldiciones y, cosa curiosa, asociados a menudo a la idea de los padres, de los santos y de Dios (blasfemias). Estas interjecciones que estallan en la violenta cólera, pero que a menudo derivan en bromas, no pertenecen de ningún modo, como Kleinpaul señala, a la comunicación consciente, pero representan reacciones a la excitación estrechamente emparentadas con los gestos. En todo caso es digno de señalar que cuando la descarga motriz de un afecto impetuoso se evita a duras penas transformándola en imprecaciones, el afecto recurre involuntariamente a los términos obscenos, particularmente adaptados al objetivo, debido a su riqueza y a su potencia motriz.

Son especialmente trágicos los casos en que las palabras obscenas irrumpen súbitamente en la conciencia virtuosa y pura de un neurótico. Esto sólo es posible en forma de representaciones obsesivas, pues tales palabras son tan extrañas a la vida afectiva consciente del psiconeurótico que no puede interpretarlas más que como ideas patológicas, absurdas, desprovistas de sentido, «cuerpos extraños», pero no las reconoce en ningún caso como elementos propios de su vocabulario. Si no estuviéramos preparados por todo lo que precede, nos enfrentaríamos, como a un enigma insoluble, al hecho de que las representaciones obsesivas de palabras obscenas, en particular los términos vulgares para los excrementos y los órganos excretores más despreciados, aparecerían a menudo en los neuróticos masculinos tras la muerte de su padre; y precisamente en hombres que amaban y respetaban a su padre hasta la idolatría. El análisis muestra entonces que, en caso de muerte, al lado del atroz dolor por la pérdida, se manifiesta también el triunfo consciente de ser liberado de toda opresión; el desprecio del «tirano» ya inofensivo se expresa en los términos más prohibidos al niño de antaño.⁹ He observado un caso semejante en una joven cuya hermana mayor había contraído una grave enfermedad.

La etnografía podría aportar una sólida confirmación a mi hipótesis afirmando que los términos obscenos han permanecido «infantiles» a consecuencia de una inhibición del desarrollo, y por ello conservan un carácter motriz y regresivo anormal. Desgraciadamente carezco de experiencia en este campo. Lo que sé de la vida del pueblo humilde, y sobre todo de los gitanos, parece indicar que los términos obscenos están cargados de placer entre los seres sin cultura, y difieren menos de lo que parece del vocabulario usual de los individuos educados.

Aunque una observación más detenida pueda afianzar o invalidar la hipótesis del carácter específicamente infantil de las representaciones verbales obscenas y de los caracteres «primitivos» que resultan de una perturbación del desarrollo, creo al menos poder afirmar, tras lo dicho, que estas representaciones con fuerte carga afectiva merecen que se les reconozca una significación hasta ahora olvidada, en la vida mental.

(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo I, cap. VIII. “Palabras Obscenas. Contribución a la psicología en el período de latencia”. Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

9.- Las ideas sobre la descomposición de los cadáveres se hallan a menudo como lazos asociados entre los conceptos de muerte y de excrementos.